

ALDO L. CIASULLO

LITERATURA URUGUAYA DEL SIGLO XX

ANTECEDENTES

EN LA LITERATURA hispanoamericana del siglo XX es posible hacer una clasificación muy general de autores, de acuerdo sea al contenido social, de ambiente americanista, regional, sea al contenido de relevancia más universalista, de menor acentuación en lo ambiental.

Con lo que no hay demérito de unos con respecto a otros; simplemente, se trata de posiciones del creador frente a la compleja estética literaria, donde tan frecuente es encasillarlo en corrientes o "ismos", tomando como base las tendencias estéticas europeas, especialmente francesas.

Hemos de evitar este último sistema, porque es artificioso en nuestra América actual. Porque si bien es cierto que a todos se les puede singularizar por influencias, más o menos señaladas, no es menos cierto que en la creación literaria los hispanoamericanos han procedido, como en todos los demás aspectos de este continente: realizando un verdadero crisol, refundiendo tendencias e influencias, y otorgando a todo una tónica especial, continentalista.

A fines del siglo XIX, el llamado modernismo, por ejemplo, nacido en América bajo el impulso de Darío, es una fusión de corrientes hispanas, incluso clásicas (Herrera, Góngora), con las corrientes francesas de entonces (parnasianos, simbolistas).

A partir de entonces, hay una mayor independencia; y aunque nuestra cultura sigue siendo ecuménica, y las revelaciones europeas siguen influyendo notoriamente, hay una "mayoría de edad artística", que determina esa liberación. Esa mayoría de edad coincide con la estabilización social de los pueblos americanos, impulsados hacia reformas sustanciales que contemplan principios de avanzada justicia económica, cultural y política.

De tal modo que el artista puede lograr rica inspiración en las inquietudes de su propio medio, en los problemas de América, en sus ambientes, en sus

tipos, en sus tradiciones, en sus esperanzas y en sus sufrimientos. Y ello, por adaptación propiamente dicha, o por inadaptación, esto es, en lucha abierta contra el medio.

Este fenómeno general, es también el de Uruguay. De donde se explica la presencia del mensaje de Rodó.

Se hace difícil en este bosquejo arrancar de fechas precisas. Escritores como Rodó, Acevedo Díaz, Carlos Reyles, Zorrilla de San Martín, aun nacidos en el siglo anterior, son en verdad del siglo XX, por su producción, y porque los alientan problemas de ambiente o lo americano en general; y porque independizándose de escuelas y tendencias, crearon de un modo muy personal. Pero sobre estos escritores no hemos de referirnos en especial. Y ello porque ya integran lo que llamaríamos la edad clásica uruguaya; la madurez literaria; la afirmación artística de un pequeño país. Tales autores, reconocidos en toda América, no integran una expresión propiamente contemporánea, y, en consecuencia, escapan al objetivo de este artículo.

Sin embargo, hemos de hacer excepción con autores que, hallándose cronológicamente en la situación de los anteriormente nombrados, tienen una mayor contemporaneidad, porque presidieron corrientes o movimientos aún hoy tangibles, como es el caso de los líricos Herrera y Reissig, Delmira Agustini y María Eugenia Vaz Ferreira, o como es el caso del dramaturgo Florencio Sánchez.

En fin, también hemos de dejar constancia que sacrificaremos nombres, muchos nombres que tendrían todo el derecho, por el valor de su producción, a ser mencionados en una antología completa; pero orientados por exigencias de espacio, sólo habremos de referirnos a los que —a nuestro parecer— han cobrado una definitiva personalidad literaria. Y como que es el parecer de un comentarista, el error o la injusticia puede acompañar estas líneas, por más imparcial y objetivo que quiera ser.

• • •

El siglo XX uruguayo se abre con una expresión acabada, madura, en todas las manifestaciones del arte: en la escultura, en la pintura, en la música, en la arquitectura y en la literatura.

No es una mera coincidencia. Es una manifestación de la dinámica del momento, que en la estructura política dio figuras continentales, como Batlle y Ordóñez, definitivo ordenador de la democracia uruguaya.

Y esa dinámica, esa renovación y esfuerzo que se manifestó en lo político y en lo social con pasos gigantescos nunca igualados en la historia del país, es la que en lo artístico también produce esa coincidencia de grandes valores.

Anotemos, como dato curioso, que se dio la fatal casualidad que los poetas prenombrados, y los dramaturgos Sánchez, Herrera y Bellán, todos ellos, murieron antes de los cuarenta años; de tal modo que, con un lapso de vida normal, estarían aún en plena madurez creadora. En consecuencia, lo que nos legaron, con ser definitivo por la expresión acabada de sus obras, debía hacer predecir otras creaciones notables, que serían rigurosamente contemporáneas.

I

LA PROSA

Los antecedentes inmediatos de la llamada primera generación del siglo XX, en la prosa (novela, cuento y ensayo), los ofrecen figuras como Acevedo Díaz, Carlos Reyles, Javier de Viana y Rodó. En lo didáctico y filosófico, produciendo hasta el pasado año, es decir, hasta su muerte, Carlos Vaz Ferreira. Pero HORACIO QUIROGA (1879-1937) es, sin duda, el más original. Su creación deja de ser rigurosamente de ambiente uruguayo, por cuanto vive largo tiempo en las Misiones. Y en ese ambiente, de naturaleza dura y majestuosa, se inspira para sus mejores cuentos, de intensa objetividad (*Cuentos de la selva*, 1918; *Los Desterrados*, 1926). Los personajes, algunos de los cuales revelan datos autobiográficos, viven el dramático choque psíquico con una naturaleza salvaje; o el horror que cae en obsesión o desvarío, a la manera de Poe y de Dostoiewsky, como en *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. A lo exótico del asunto, de todos modos de ambiente rigurosamente americano, se agrega la atracción de su estilo: concreción, apartamiento de la inútil adjetivación, sin rebuscamiento de lenguaje ni prolongación de imágenes. En una palabra, con la garra de un verdadero cuentista.

Protagonistas de sus cuentos son tanto los seres humanos, como —y aún más poderosos— los caudalosos ríos, los espesos bosques, el aplastante sol, en fin, la naturaleza toda, dura e implacable.

Y entre ese mundo hostil, el hombre, desamparado y sufriente, enfrenta misterios y peligros, hasta convertirse en un enfermo o en un neurótico.

La narrativa uruguaya, siguiendo la tendencia nativista que ya había perfilado Acevedo Díaz, y continuado Reyles y Javier de Viana, y que en Quiroga tuvo una expresión no muy ambiental, se desarrolla fundamentalmente en

nuestros días con Enrique Amorín, Justino Zavala Muniz (este último también escritor teatral) y Francisco Espínola, a quienes acompañan Juan José Morosoli, Juan Mario Magallanes, Mario Benedetti, Yamandú Rodríguez, Víctor Dotti y otros.

ENRIQUE AMORÍN (1900), con sus novelas *Tangarupá*, *La Carreta*, *El Paisano Aguilar*, *El Caballo y su Sombra*, ha captado con singular acierto, escenas y ambientes, protagonistas y dramas de la campiña rioplatense. Y con estas novelas, así como con sus cuentos, se consagra como uno de los mejores prosistas uruguayos: vigoroso, objetivo, veraz, de estilo claro, de rápida visión. Su pensamiento sigue una clara orientación social. Amorín capta el drama del campesino, sus desazones, sus luchas y tantas miserias físicas y morales que abaten al hombre y a la mujer del campo.

FRANCISCO ESPÍNOLA (1901), es autor de dos novelas de gran aliento: *Raza Ciega*, y *Sombras sobre la tierra*. Sus gauchos, que intencionalmente no son rigurosamente representativos o reales, típicamente gauchos, constituyen símbolos, en los que el autor ha querido trascender un postulado social. Es también autor de vigorosos cuentos, de ambiente nativista. Y su prosa, como el autor mismo, es concentrada, viril, de notable fuerza expresiva.

JUSTINO ZAVALA MUNIZ (1898), es autor de crónicas noveladas (*Crónica de Muniz*, *Crónica de un crimen*, *Crónica de la reja*), obras en parte históricas, como la primera, en las que el autor se sitúa, vehemente y sincero, en el ambiente de sus mayores. El caudillo, las guerras civiles, las costumbres criollas, tienen un realismo y una subjetividad que cautivan.

El autor ama su terruño, ama los personajes que el ambiente crea y desarrolla, ama sus tradiciones. Y todo cobra intensa vida: ya el caudillo —su propio abuelo—, con su probado valor y su altiva actitud; ya el criminal, ya el pulpero convertido en juez.

Sin duda, Zavala Muniz, al que volveremos a mencionar como autor teatral, es el prosista más vigoroso de la época contemporánea. De su pluma, siempre candente de problemas sociales, surgieron también *La Revolución de Enero*, *Apuntes para una Crónica*, página triste de la vida política uruguaya, en la que el autor destaca el heroico sacrificio de un puñado de combatientes defensores de la libertad del país, y *Battle, Héroe Civil*, biografía sociológica de Battle y Ordóñez.

La actividad política de Zavala Muniz, parlamentario, Ministro, Consejero de Estado, le ha quitado tiempo a la labor literaria. Pero su personalidad es siempre la misma, porque si como escritor actúa con sincera honestidad y

valentía, en lo político perfila las mismas aristas, y su labor es fecunda y ejemplar.

ADOLFO MONTIEL BALLESTEROS, iniciado como poeta, publicó sus primeros cuentos de ambiente criollo, estando en Florencia. Sin duda, la lejanía de la patria le hizo evocar, por antítesis, los ambientes y los tipos de Uruguay, y de ahí sus *Cuentos uruguayos* (1920). Se reveló como un narrador vivo, fácil, de pronta inspiración. Las pulperías, las enramadas, los ranchos, se impregnan de sensibilidad; y sus protagonistas, aun en la ironía, encierran siempre un gesto de protesta.

En 1922 aparece *Alma Nuestra*, y luego, *La Raza*, *Rostros Pálidos*, *Fábulas y Cuentos Populares*, *Querencia*, etc. Logra el realismo y la malicia, que son caracteres típicos del gaucho oriental; por lo que sus estampas están mejor logradas que las de Javier de Viana, su más importante antecesor en el camino de los cuentos criollos.

Su graciosa ironía despunta, en una de sus últimas publicaciones: *La Jubilación de Dios*, donde el asunto, siempre en forma de cuentos breves, son entrevistas o encuentros del protagonista —el propio autor— con Dios, y con otros personajes más o menos históricos.

En fin, también ha publicado cuentos y fábulas para niños, que constituyen las mejores prosas infantiles que se hayan escrito en el Uruguay.

Víctor Dotti (*Los Alambradores*, 1929); Juan José Morosoli (*Los Albañiles de los Tapes*), ambos desaparecidos prematuramente, así como Juan Mario Magallanes (*La Mariscalá*), Yamandú Rodríguez, Mario Benedetti, Fernán Silva Valdés y tantos otros, continúan la tradición nativista en el cuento breve y en la novela.

Destacamos de entre ellos a SILVA VALDÉS, que habremos de volver a mencionar en la poesía nativista, autor de *Cuentos del Uruguay*, *Leyendas americanas*, *Cuentos y leyendas del Río de la Plata*, *Tradiciones y costumbres uruguayas*. Son ricas páginas, llenas del sabor tradicionalista del campesino, al que acompañan viejos relatos, extrañas leyendas, que se repiten en la rueda del fogón, mientras el mate fraternal pasa de mano en mano.

En fin, la prosa uruguaya, en la corriente del ensayo, la crítica, la filosofía, tiene representantes consagrados, como Montero Bustamante, Alberto Zum Felde, Crispo Acosta ("Lauxar"), Emir Rodríguez Monegal, Emilio Oribe —también refinado poeta—, Carlos Vaz Ferreira, Alberto Lasplaces, Eduardo Dieste.

II

EL TEATRO

Preciso es abrir el comentario del teatro uruguayo, con FLORENCIO SÁNCHEZ, porque nacido en las postrimerías del siglo XIX, su obra pertenece enteramente al primer tercio del siglo XX; y es, además, nuestro contemporáneo, por cuanto, verdadero fundador del teatro uruguayo, no tuvo sucesores hasta la fecha, si se hace excepción de Herrera y Bellán —fallecidos prematuramente, como Florencio—, y de Zavala Muniz, aunque éste imprime otras modalidades.

Pero aún con los valores citados, la reciedumbre de los personajes y de los asuntos de Sánchez, no han tenido hasta la fecha —repetimos— un nuevo gran valor teatral. Por eso se ha llegado a decir que el teatro rioplatense nace y muere con Sánchez. Afirmación que compartimos parcialmente, por cuanto es relativa a la estética y al tipo de teatro que Sánchez creó; ya que la corriente que abrazó, de crudo naturalismo, ya ha sido sobrepasada en el teatro moderno.

Lo más notable en Florencio Sánchez es que da vida a un teatro rioplatense de la nada, es decir, sin que una historia de antecesores en el género pudiera haber hecho predecir su presencia. Porque mal podría calificarse de antecedentes las escenas de circo, en que un protagonista melodramático oscilaba entre las actitudes del malevo audaz o del gaucho perseguido.

M'Hijo, el Dotor (1903), es su primera obra de relieve, donde chocan los prejuicios del hogar campesino —honesto y sano, tradicional y disciplinado—, con las ideas nuevas de la ciudad que alienta el estudiante, anárquico y rebelde, desprejuiciado y con caídas a la irrespetuosidad y al amoralismo. Una sana moral humana es la que al final triunfa sobre los excesos de unos y otros, endulzada por una emocionante figura femenina.

Los Muertos y Barranca Abajo, de fuerte colorido costumbrista y de crudo realismo, son obras de combate; como *Nuestros Hijos*, *Los Derechos de la Salud*, en los que afronta la difícil estética del drama de tesis.

Todas sus obras se identifican con la postura social y semirrevolucionaria del autor. El estará siempre con el débil, con el enfermo, con el desposeído, con la verdad; contra la hipocresía, la frialdad o el aparato artificioso de la sociedad.

Son, pues, sus tipos los que el ambiente crea y desarrolla, el gaucho viejo,

el tuberculoso, la prostituta, el "canillita" o vendedor de diarios, el borracho, la modesta empleada o la hija seducida.

Ha dicho con acierto Zum Felde, que junto al pintor verísimo de tipos y ambientes, está siempre el sociólogo revolucionario, y entre ambos, el poeta, cuya emotividad convive en palpitación íntima con sus personajes.

Entre los 30 y los 36 años, Florencio Sánchez produce sus veinte piezas de teatro. Y al igual que Rodó, muere en Italia, en 1910, adonde había llegado con juveniles ansias de renovación.

El teatro uruguayo contemporáneo se continúa especialmente con Ernesto Herrera y José Pedro Bellán, muertos muy jóvenes, y con Justino Zavala Muniz. Nos referimos, claro está, al teatro de tipo nacional.

JOSÉ PEDRO BELLÁN, que también cultivó el cuento, nos dejó dos bellas obras de teatro: *Dios te salve e Interferencias*, ambas de hondo contenido psicológico.

ERNESTO HERRERA, autor de *El León Ciego*, conquista casi con sólo esta obra, un puesto firme en la historia de la literatura contemporánea uruguaya. Drama sociológico, la figura del caudillo guerrero cobra la realista expresión de un jirón de la historia del país. Lanza y divisa, héroe, jinete, guerrero valiente, que al final es un anciano ciego que, junto con las mujeres y los niños, ha de permanecer en su rancho mientras los demás acuden al llamado de la patria. Es el león ciego, que tiembla de orgullo cuando, al regreso de los guerreros, le cuentan que el hijo peleó valientemente hasta morir, como pelearon y murieron los antecesores del protagonista.

JUSTINO ZAVALA MUNIZ, ya citado a propósito de sus obras en prosa, es autor de buenas obras teatrales: *La Cruz de los Caminos*, *En un rincón del Tacuarí*, *Fausto Garay*, *un caudillo*, y *Alto Alegre*, estrenadas entre 1933 y 1942. En ellas, Zavala Muniz es el combatiente e ideólogo de siempre. Porque en cada una de sus obras, de ambiente rural, viven protagonistas que el medio ha creado y que ellos pretenden modificar, con sus luchas, sus esperanzas y sus pensamientos. Alienta una cálida esperanza de redención, un mensaje de libertad espiritual y económica, de donde sus obras arrancan una cálida solidaridad emocional.

Aunque otros autores presentes podríamos citar, los nombrados son los que representan genuinamente un teatro uruguayo, nacional, de ambientes, tipos y costumbres uruguayos; además de ser autores que ya conquistaron un lugar indiscutible en la historia de la literatura hispanoamericana contemporánea.

III

LA POESIA

Dos tendencias de posible diferenciación —pese a todos los matices— pueden anotarse en la poesía uruguaya del siglo XX, a saber: poetas de forma cultivada y de temas escogidos, de sentido universalista (por más interiores o subjetivos que sean) y poetas que desarrollan preferentemente el tema nativista.

Pertenecen al primer movimiento, encabezándolo, Julio Herrera y Reissig, Delmira Agustini y María Eugenia Vaz Ferreira; y, más en nuestros días, Juana de Ibarbourou, Carlos Sabat Ercasty, Emilio Oribe, Vicente Basso Maglio, Roberto Ibáñez, Sara de Ibáñez, Enrique Casaravilla Lemos, Roberto de las Carreras, Alvaro Figueredo, Idea Vilariño, Gladys Burci, Paulina Medeiros, Juvenal Ortiz Saralegui, Julio Casal, Mariano Olivera Ubios, Uruguay González Poggi y otros.

Al movimiento poético nativista pertenecen, en cambio, Alonso y Trelles, "El Viejo Pancho", encabezando nuestro siglo, y poetas como Fernán Silva Valdés, Pedro Leandro Ipuche, Juan José Morosoli, Guillermo Cuadri, "Santos Garrido", Serafín J. García, Yamandú Rodríguez, etc.

Como en los apartados anteriores —prosa y teatro— hemos de referirnos solamente a algunos de los citados, ofreciendo a grandes rasgos un panorama general que puede abrazar a los omitidos; pero que por supuesto no indica preferencias del que estas líneas suscribe, ni injustas discriminaciones.

A) LIRISMO NO NATIVISTA

Esta corriente identifica a los que prefieren los temas de intenso subjetivismo, o de alcance trascendental, o de objetividad no ambiental.

La lírica uruguaya, en este aspecto, adquiere una madurez nunca igualada en su historia literaria, en el primer tercio del siglo actual. Y ello, porque coinciden en el tiempo tres figuras notables, tres nombres ya de fama continental.

JULIO HERRERA Y REISSIG, fallecido en 1910, a los 35 años, es una figura cumbre de la poesía hispanoamericana. Junto con Rubén Darío y Leopoldo Lugones, encabeza el movimiento renovador de nuestra lírica continental, sin que, empero, pueda encasillársele definitivamente en alguno de los "ismos" tan corrientes en nuestro siglo.

Es eglógico, virgiliano, en sus *Poemas pastoriles* y *Sonetos vascos*, de ricas y sugestivas imágenes. Y ello, en función de su rica imaginación, por cuanto el autor jamás salió de Montevideo. Sus recursos van, desde la objetividad descriptiva hasta la abstracción y el uso del epíteto, o el asociacionismo de la escuela armonista francesa. Luego, su evolución se desarrolla hacia una mayor complejidad en el asunto, en la composición y en el lenguaje. E independizado de la influencia de Darío, se expresa con una más honda subjetividad. La palabra es ya el símbolo de su vida interior, y de sus estados irracionales, como lo señala Zum Felde.

El estilo se hace entonces más oscuro y abstracto, lo que requiere una paciente labor interpretativa (*Las Pascuas del Tiempo*, *Los Maitenes de la Noche*).

Y, en definitiva, orienta una clara tendencia de la lírica uruguaya, que ejerce notoria influencia hasta nuestros días.

DELMIRA AGUSTINI, asesinada a los 28 años, en 1914, es un caso de asombroso intuicionismo creador. Como que logra una completa madurez desde sus primeras colecciones de poemas (*El Lirio Blanco*, 1907; *Cantos de la Montaña*, 1910; *Los Cálices vacíos*, 1913, y *Los Astros del Abismo*, obra póstuma).

Delmira escandalizó a sus contemporáneos de ceñida moral y estrecho sentido crítico, y al igual que Herrera y Reissig, su obra es ante todo el sacudimiento de la calma burguesa de Montevideo, de principios de este siglo. Pero, además, porque sus versos tienen un exterior sensualista: es la mujer que habla de su carne, de un amante ideal, del vaso de su cuerpo, del surco ardiente que espera una loca Estirpe.

En verdad, el erotismo de su poesía está sublimado, espiritualizado; su mundo no es éste, el vulgar mundo carnal; es el mundo de sus visiones fantásticas y lejanas, sobrehumanas, mundo sombrío y angustiante, al que desea comprender mejor, sin lograrlo.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA, alejada como los prenombrados autores de la realidad ambiente, sufre la inadaptación de las almas sutiles y sensitivas. Y mientras Herrera y Reissig es la expresión de lo irracional y Agustini la sublimación del erotismo, Vaz Ferreira es toda espiritualidad melancólica.

"La Isla de los Cánticos", única colección que publica, es la angustiada confesión de una irremediable soledad; soledad infinita y sin esperanzas.

Con tales expresiones de la poesía uruguaya, con que se abre el siglo XX, no es extraño que la nueva generación poética, la contemporánea, tenga figuras de relieve, algunas continentalmente conocidas, y entre ellas, y en primer término, JUANA DE IBARBOUROU, o "Juana de América".

En 1918 publica "Las Lenguas de Diamante", que ya la consagra en virtud de su alta poetización, y de su claro pensamiento, desarrollado con elegancia, precisión y luminosidad.

"La Rosa de los Vientos" (1930), constituye una de sus colecciones de mayor madurez. Al ingenuo optimismo de su primera colección, al alegre sensualismo de los primeros poemas, sucede una mayor gravedad y cierta melancolía.

Finalmente, abraza el tema bíblico en "Estampas de la Biblia y Loores a Nuestra Señora" (1934).

EMILIO ORIBE es un poeta profundo. Ensayista, crítico y filósofo, su creación lírica se aleja de las fáciles imitaciones verbales, o de las inspiraciones de brillo exterior, para preferir el verso denso, que surge de una honda vida interior, de forma libre. ("Castillo Interior"; "El Halconero Astral"; "La Colina del Pájaro Rojo"; "Los Altos Mitos").

CARLOS SABAT ERCASTY es un verdadero creador, de rica gama y de variado tema. Pero concentrado hacia la inmensidad, poeta panteísta, como se le ha calificado ("Pantheos", "Poemas del Hombre") con fuerte influencia de Walt Whitman, por lo menos en su primera etapa.

Rico y audaz en sus imágenes, su pensamiento corre con la dinámica que caracteriza a su persona toda: rauda, amplia, sana.

VICENTE BASSO MAGLIO, uno de los surrealistas uruguayos contemporáneos ("La Tragedia de la Imagen"), de sutiles e inconcretas imágenes, refinado y sugerente, a veces en extremo abstracto.

Julio Casal y Juvenil Ortiz Saralegui, de tendencia simbolista, son también poetas de excepcional riqueza lírica, en la gama de sus vidas interiores, profundamente sentidas.

Y con los citados, tantos otros que sería demasiado extenso enumerar, pero que, como los Ibáñez, Figueredo, Dotti, Viturera, etc., siguen desarrollando esta tendencia lírica tan rica en el Uruguay contemporáneo. Sin omitir a Emilio Frugoni, poeta de cálido aliento social, de encendido y apasionado verbo.

B) LA POESÍA NATIVISTA

Esta tendencia ha tenido una notable expresión, por los valores que la representan y por la variada temática de sus autores.

Abierto el siglo XX con las producciones de José Alonso y Trelles, conocido literariamente bajo el seudónimo de EL VIEJO PANCHO (*Paja Brava*, 1916),

la poesía criolla toma un rumbo definitivo, por el subjetivismo tan bien logrado por el autor, casi toda enredada de un tema central único: la desilusión amorosa o el amor traicionado.

Numerosos intelectuales, como el Dr. Elías Regules, Alcides de María, Orosmán Moratorio, cultivaron esa forma poética, creando, para darle impulso, una revista nativista: "El Fogón".

La variante que introdujeron con respecto a la poesía gauchesca anterior fue muy importante, y determinó la renovación de la tendencia; porque abandonando la técnica narrativa, pasaron a la técnica subjetiva. Con ello, el gaucho apareció en una nueva faz: ya no en sus actitudes rebeldes o heroicas, sino en sus problemas, ya íntimos, ya sociales, ya simplemente subjetivos, de reflexión silenciosa.

FERNÁN SILVA VALDÉS, uno de los grandes valores de la nueva tendencia, imprime a su vez un nuevo signo a esta corriente, y es la de convertirla en poesía "nativista", vocablo más propio que el de "gauchesco", en virtud de que la expresión ya no es la mera imitación del lenguaje criollo, sino la adaptación a un lenguaje popular, sencillo, de ciudad, donde se intercalan modismos campesinos.

Y uniendo lo descriptivo a la subjetividad, Silva Valdés da realce a sus imágenes, en cuanto a que el cuadro es plástico, y a la vez teñido de emotividad y ternura.

Por eso se ha señalado que Silva Valdés rehabilitó la poesía criolla, dándole esos nuevos perfiles, en un esfuerzo para universalizarla o, en otras palabras, para darle categoría de creación artística seria.

En "Poemas Nativos", en "Romances Chúcaros", al igual que en sus cuentos, no hay sensiblería ni artificiosidad: es el campo, sus tipos, sus costumbres, que desfilan con fuerte relieve.

PEDRO LEANDRO IPUCHE sigue las mismas huellas ("Almas Nuevas", "Tierra Honda"), con tendencias a lo cósmico o trascendental.

GUILLERMO CUADRI ("El Agregao") explota muy bien la vena humorista. Ya que el criollo uruguayo es socarrón y malicioso, allí están las estampas que este poeta capta con tanta gracia.

SERAFÍN J. GARCÍA ("Tacuruses", 1935) penetra en lo psíquico, en un hondo subjetivismo que abraza incluso los elementos más humildes de la vida campesina, como la cachimba.

Y con los citados, Yamandú Rodríguez ("Bichitos de Luz"), Juan José Morosoli, y tantos otros, que con singular acierto han seguido hasta nuestros días cultivando la poesía nativista,